

# CONCURSO NACIONAL DE CUENTO “A toda página”

## Ganadores

### LOS OLVIDADOS (PRIMER PUESTO)

Entre los miembros de mi tribu la muerte es bienvenida. Cuando esta se presenta, la celebración es inmediata. Las enfermedades generan envidia entre quienes no las padecen y las plagas despiertan tal entusiasmo que los apestados son sacados de donde se encuentren y arrastrados con gran júbilo hasta la Plaza, donde todos tengan oportunidad de tocarlos e infectarse.

Solo el suicido es considerado indigno. Quien lo practica (el cobarde) no merece aun nuestro desprecio y su nombre es borrado con indiferencia de los anales de la tribu. Nada en este mundo resulta atrayente para los miembros de mi tribu. Si algún deseo ocupa su mente, es el de imaginar sus cuerpos inertes, pudriéndose en él.

Las madres rara vez dan de lactar a sus hijos y los niños comen poco y tan mal que les cuesta soportar el peso de sus cabezas. Desde pequeños están prohibidos de cubrir sus cuerpos: andan siempre desnudos. Y lo mismo llevan a su boca la raíz más inicua que los restos viciados de un animal ya descompuesto.

La muerte, sin embargo, pareciera haberlos olvidado. No importa cuántas prácticas celebren en su honor, invocándola... esta, no se presenta.

Es peculiar el modo en que los míos conciben la existencia. Para ellos, esta semeja una gran cuerda. En un cabo se halla nuestro nacimiento y en el otro nuestra muerte. La vida no es más que el recorrido que hacemos de un punto al otro. Pero... ¿por qué esperar tanto? ¿Por qué no desgastar la cuerda y apresurar la caída? A eso se abocan nuestros hábitos y costumbres. Únicamente la cópula (ese rito insano traído por algún demonio enemigo) sobrevive entre mi pueblo como una tradición adversa.

Su ejercicio se produce una vez por vida, en la Plaza, a vista y paciencia de todos. Y los iniciados la ejecutan con movimientos tan torpes y desapasionados que, más que amantes, semejan dos larvas gigantescas, expuestas al sol. Es una tradición extraña la de la cópula; antiquísima, exenta de todo sentido, pero respetada por lo incierto de su origen y el temor de despertar la ira del demonio que la instauró (el cual podría maldecirnos con la inmortalidad).

Fuera de esto, no puede atribuírse nos mayor diligencia. No recortamos el pelo de nuestros cuerpos ni practicamos su aseo. Tampoco labramos la tierra ni cavamos las tumbas. Nuestras carnes magras, de sexos enormes y flácidos, se pasean inmunes por la tierra eriaza hasta alcanzar edades insospechadas.

A raíz de esto, empezó a circular el rumor de una tribu conformada por sabios longevos. Gentes del otro lado del mar arribaron en sus naves para visitarnos. El color que revestía su piel y el sonido que brotaba de sus palabras nos era extraño. Pero todos, sin excepción, contemplaban con desconcierto nuestro desapego hacia los bienes que producía la tierra. Hubo incluso quien confundió nuestra debilidad con estoicismo. Y algún otro que creyó ver en nuestro poco deseo de pronunciar palabra, cierto grado de telepatía.

Hablaban ya los Libros Sagrados de estas visitas. Mas no imaginábamos que la Muerte tuviera tal aspecto. El día en que el más pequeño de nosotros (loada sea su ingenuidad) aceptó una dádiva de los extranjeros, ese día dio inicio la gran plaga. A partir de entonces, las mujeres sometidas al coito comenzaron a abortar sus vergüenzas. Y los ancianos, uno a uno, eran llamados por la muerte luego de ser llamados por el sueño... De esto hace ya más de cien lunas y poco resta hoy de mi linaje.

¡Alabado sea el dios extranjero que trajo la liberación a mi pueblo! Dejo aquí constancia y testimonio detallado de los hechos para facilitar su inteligencia.

*(Ytendratusojos)*

## **REDACCIÓN SANGRIENTA (SEGUNDO PUESTO)**

Trujillo. Macabra escena halló anoche el vigilante de nuestra sede al promediar las 2:45 a.m. cuando vio el cuerpo sangrante de Keny Mijatovic Meza (33), quien fuera jefe de publicidad de esta casa informativa, postrado sobre la laptop aun encendida de su escritorio, con las manos en el teclado como si intentara escribir un último mensaje. Cinco profundos cortes a la altura del ombligo, el cuello abierto de un tajo, y el rostro desfigurado, terminaron con él.

Víctima y victimario ingresaron juntos al local del diario al promediar las 9:20 p.m. Venían de una comisión y cada uno se dirigió a su oficina. A esa hora todavía había gente en la sala de redacción. El asesino esperó pasada la medianoche para ejecutar el siniestro. Ningún problema representaba que se quedara. Los vigilantes sabían que en fechas de cierre el área de publicidad solía trabajar hasta la madrugada, si los clientes así lo solicitaban.

El crimen ocurrió a la 1:15 a.m. Minutos antes el periodista recibió una llamada de su jefe directo y subió a la oficina en la segunda planta. Tras cerrar la puerta, conversaron sobre la revista de la primavera que saldrá encartada gratis este domingo. Luego de recibir nuevas indicaciones, el redactor le mostró unos videos en la laptop solo para colocarse detrás suyo. Con la vulnerabilidad de su jefe carcajeándose, sacó el puñal escondido en el bolsillo central de su polera y le abrió de un solo tajo la garganta segundos antes de hundirlo a la altura de la yugular. Sin voz debido a la impresión, la sangre manó abundante de su cuello manchando documentos, diarios y revistas. El asesino volteó la silla reclinable y clavó en cinco ocasiones el puñal a la altura de su ombligo y estómago. Para finalizar, cortó y arrancó parte de la piel de sus mejillas y la frente; y, antes de retirarse al baño contiguo, donde se lavó y cambió de ropa, colocó a su víctima en la infame posición en la que fue encontrado por el vigilante.

El perpetrador, de nombre Renato Omar Díaz (26), ha laborado como periodista de este diario desde hace cinco años. Tras desenvolverse en las secciones policiales, política, economía y cultura, su tiempo fue absorbido por el área de publicidad para editar revistas y la página de empresas y negocios, con lo cual se vio obligado a viajar una vez por semana a un punto diferente del país. Por ahora se desconocen, y es probable que nunca se esclarezcan, los móviles que lo llevaron a cometer este homicidio. Está usted leyendo la última nota que escribe para nuestro periódico.

*(Sebastian Knight Doble)*

## DOMINÓ (TERCER PUESTO)

Hoy pintaba un buen día. Desperté antes que sonara la alarma y para las 6.30 de la mañana ya estaba impecablemente vestido y listo para presentar mi proyecto: tres meses de investigación al fin verían la luz. Mamá me dio a beber un jugo de naranja que me enfrió un poco el estómago (¿o habrá sido los nervios?), pero no le dije nada para que no se sintiera culpable. Ella es la más entusiasta de la familia. Desde que nos embargaron la casa ha trabajado arduamente en la cafetería, sus turnos extra y propinas han ido a parar directamente a la cobertura mensual de mi facultad. Yo le he prometido que con mi primer sueldo la llevaré en taxi a renunciar, comeremos algo y dejaremos una buena propina a la otra camarera. “Preocúpate primero en terminar”, me dice, “ya después decides”. Pero yo ya voy en el último año y pienso que tengo licencia de comenzar a planificar. Como aquella vez que me descubrió dibujando el plano de cómo me gustaría que fuese nuestra nueva casa. “El jugo ha estado en su punto, pero no comeré nada porque temo que los nervios me hagan vomitar”. Ella se ha reído y me ha untado la frente con una suave cruz de su pulgar derecho. Mientras me alejaba, no ha parado de vociferar consejos sobre cómo modular la voz ante el jurado de la exposición. En cuanto me pierda de vista correré a ponerse el uniforme y comenzará su arduo día. En eso pienso justo ahora. En ella mirándome desaparecer por la esquina. En su arduo día. En su ardua vida. También pienso en mi hermano, desde que comenzó la secundaria ha vivido una suerte de anarquía que hemos querido atribuirle a la adolescencia. Le prometí a mamá que si para fin de año seguía así, hablaría muy seriamente con él una y otra vez hasta que no tenga más remedio que escucharme. Quizá no debí haber postergado esas conversaciones. Quizá debí haber tomado ese desayuno. Quizá debí haber cruzado la calle. Quizá. Pero estoy aquí. Pensando en todo esto mientras me voy muriendo. No sé cómo. No sé por qué. Solo veo la sangre salir escandalosamente de mi pecho. Dos ancianos desconocidos me rodean. De uno, sale una voz rugosa que grita “Aguanta amigo, parece una bala perdida, aguanta!”. Pero ya no aguanto, mamá. Claramente siento cómo por el orificio sale la vida de mi cuerpo. Discúlpame. Sé que te estoy condenando a una vida llena de innumerables preguntas sin respuestas. No te atormentes buscando culpables. Estos 23 años desde que me diste la vida, sin duda fueron más bellos que la triste historia de esta bala que me la quita. Perdóname, mamá. Hoy pintaba un buen día, pero ya está oscureciendo.

*(MATI 2108)*